

las otras dos carabelas más. Sábado, 29 de Setiembre, anduvieron 24 leguas, porque tuvieron calmas, entre día y noche, contó 21; parecieron por tres veces tres alcatrazes y un rabihorcado; que así llaman aquella ave que tiene la cola partida en dos partes, y esta persigue á los alcatrazes hasta que esterecolizan, y come aquel estiércol y dello se mantiene. Dijo el Almirante aquí que todo esto era gran señal de tierra, los aires, diz que, eran dulces y suavísimos, que no faltaba sino oír cantar al ruiseñor. Domingo, 30 de Setiembre, tuvieron alguna calma y anduvieron 14 leguas; vinieron al navío cuatro rabos de junco, vieron cuatro alcatrazes en dos veces; dice Cristóbal Colon que esto es gran señal de estar cerca de tierra por ser tantas aves de una naturaleza juntas, porque si fuera una sola, pudiérase creer que había desmandado. Dice aquí Cristóbal Colon que él y todos los marineros se maravillaban ver tantas aves y no ver tierra, por la experiencia que se tiene que nunca las hallan 20 leguas de tierra, mayormente el rabihorcado, que nunca duerme en la mar; la mar traía muy llana, y los aires muy dulces y graciosos.

En estos días notó Cristóbal Colon una cosa, de que se admiró, que las guardas, en anocheando, estaban junto el brazo izquierdo, que es el de la parte de Occidente, y cuando amanecía, estaban en la línea debajo del brazo derecho, por manera que en toda la noche no andaban sino tres líneas, que son nueve horas, y esto cada noche. También de otra cosa, los pilotos de los tres navíos recibieron mucho temor, sospechando algún gran peligro hasta que él les dió la razón, y es; que las agujas nordesteaban una cuarta entera en anocheando, y en amaneciendo estaban fil con fil de la estrella. Dióles la causa de esta diferencia Cristóbal Colon, diciendo, que aquello causaba el movimiento que aquella estrella que llamamos Norte, hace con su círculo al rededor del verdadero Norte ó Polo, por manera que aquella estrella se muda, ó tiene su movimiento violento de Oriente á Occidente como las otras, y las agujas siempre señalan el verdadero Norte ó Polo mostrando la verdad; con esta solución quedaron los pilotos y marineros algo satisfechos. Lunes, primero día de Octubre, anduvieron 25 leguas entre día y noche; puso en la cuenta menor 20.

Trataron hoy por la mañana los pilotos, las leguas que cada uno se hallaba haber navegado y estar apartados de la isla del

Hierro, que es la postrera de las Canarias, viniendo á estas partes. El piloto de la *Capitana*, donde venia Cristóbal Colon, se hallaba al Poniente de la dicha isla; 578 leguas; publicó Cristóbal Colon, hallarse también él otras tantas, considerada la cuenta menor y pública, que con industria había siempre escrito, aunque en la secreta, que era la verdadera, era, según el juicio de Cristóbal Colon y lo que había tasado, 707 leguas; de manera, que la diferencia, eran 129 leguas, y los otros dos pilotos, mucho mayor camino, según su estima, habían andado, porque el piloto de la carabela *Niña*, el miércoles siguiente tenía tasado, que había navegado 650, y el de la *Pinta*, 634 leguas. Holgábase Cristóbal Colon que así errasen, creyendo y tasando ménos del camino que era, porque si todos sintieran que estaban tan lejos de las Canarias, como 700 y tantas leguas, más temieran, y mucho más difícil le fuera llevarlos adelante. El martes, 2 de Octubre, anduvieron al gúeste, que era su vía, y entre día y noche dejaron atrás 39 leguas, contó á la cuenta pública 20; la mar era muy llana y buena siempre, gracias á Dios (esta era comúnmente palabra de Cristóbal Colon). Venia hierba mucha del Este al gúeste, al revés de como solía; parecieron muchos pescados, mataron un atun pequeño; pareció una ave blanca como gaviota. El miércoles, 3 de Octubre, anduvieron entre noche y día 47 leguas, contó en la pública cuenta 40; vieron pardelas algunas, y hierba muy vieja, y otra nueva, que traía cierta cosa como fruta, y porque vieron pocas aves, sospechaba Cristóbal Colon, que le quedaban atrás por los lados las islas que él traía pintadas en la carta, de que de aquí se hizo mención, pues la semana pasada se les habían ofrecido tantas y tan claras señales de tierra; pero dice aquí, que no fuera buen seso barloventear, y así, detenerse volviendo á un lado, ó á otro en busca de ellas, pues llevaba próspero tiempo y su principal intento era ir en busca de las Indias, por la vía del Occidente, y esto era lo que había ofrecido á los Reyes y los Reyes lo enviaban por este fin.

Por esta ocasión de no querer volver á barloventear por los lados en busca de las islas que creían los pilotos quedar por allí, mayormente Martín Alonso, por la carta que se dijo que le había enviado Cristóbal Colon á su carabela para que la viese (y era opinión dellos que debía de volver) se co-

## CAPITULO XXXIX.

En el cual se trata de algunos alegrones que tuvieron diciendo algunos que vian tierra, á los cuales se les tornaban luego en tristezas y en murmuraciones y desacatos de Cristóbal Colon, y á querérsele amotinar.—Cómo mudó el camino más al Austro por las señales de las aves que vian.—Cómo vieron muchas y ciertas señales de estar cerca de tierra.—Cómo vieron un junco verde y otras cosas de tierra.—Cómo jueves, 11 de Octubre, conociendo Cristóbal Colon que estaban cerca de tierra, hizo una habla á todos aquella noche, á primera noche, que velasen bien porque antes de muchas horas la verían.—Cómo á las diez de la noche vido el mismo lumbre, y á las dos, despues de media noche, vido tierra.—Y cómo por haber visto la lumbre, primero, le adjudicaron los Reyes los 10,000 maravedises; aunque otro vido la tierra.

Porque nuestro Señor tenía determinado de abreviar ya el tiempo en que á Cristóbal Colon había de hacer verdadero, y mostrar que lo había escogido para esto, y escaparle también del gran peligro que con aquella gente impaciente é incrédula llevaba, y á ellos así mismo despenar, y á todos consolar, domingo, 7 de Octubre, al levantar del sol, la carabela *Niña* que por ser muy velera iba delante, y también porque todos trabajaban de andar cuanto más podían por ver primero tierra, por ganar la merced de los 10,000 maravedises de juramento que la Reina había prometido al que primero viese tierra, como ya se dijo arriba, alzó una bandera en el topo del mastel y tiró una lombarda por señal que había tierra, porque así lo había ordenado el Capitán general Cristóbal Colon. Tenía también mandado, que al salir y poner del sol, se juntasen todos los navíos con él, porque aquestos son dos tiempos más propios y convenientes para que los humores ó vapores de la mar no impidan á ver más lejos mar ó tierra que otros; pues como á la tarde no viesen la tierra que los de la *Niña* dijeron, y hobiessen sido celajes, de lo cual tornaron á tomar nuevo descorazonamiento y desmayo los que siempre desconfiaban, y viese Cristóbal Colon que pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte hácia el Sudueste, lo cual era evidente argumento y cierta señal que iban á dormir á tierra ó huían quizá del invierno, que, en las tierras donde venían, debía de querer venir, acordándose Cristóbal Colon que las más de las islas que los porto-



gueses hoy tienen, las habían descubierto por tomar y tener por cierto el dicho argumento de seguir tras las aves que viañ volar como de obrida, mayormente sobre tarde, por esto acordó dejar el camino que llevaba del gúeste, y poner la proa hácia el gúeste, que eran dos vientos más, con determinación de andar dos días por aquel camino, porque consideraba que no se apartaba mucho del gúeste, que era su principal intento, por el cual, si siempre siguiera, y la impaciencia castellana no lo impidiera, ninguna duda fuera, que no iba á dar en la tierra firme Florida, y de allí á la Nueva España, aunque fueran incomparables los inconvenientes y daños intolerables que se le ofrecieran, y fuera divino milagro si á Castilla jamás volviera. Pero hizo y rodeó Dios, que lo gobernaba, regia y sabia todo, muy mejor que él ni otro pudiera desearlo ni pedirlo, como constará por lo que más referiremos.

Anduvo este día, ántes que diese la vuelta, 23 leguas, y dióla por el Sudueste una hora ántes que el sol se pusiese, y navegó, esta noche, obra de 5 leguas. Lunes, 8 de Octubre, navegó, al gúessudueste, y luego les quiso Dios suplir ó reformar el destino, que de nubvo habían helidia pasado recobrado, porque parecieron mucho número de diversas aves, que fueron grajós y ánades, y un alcatraz, y sobre todas, muchos pajaritos del campo, de los cuales tomaron en la nao uno, con que todos, como si vieran una gran cosa, se regocijaron. Y porque iban todas estas aves al Sudueste, y no parecia que podían ir á parar muy lejos, siguieron con más voluntad y alegría aquel camino, que era el que las aves llevaban. Crecióles su consuelo con que también tenían la mar, como en el río de Sevilla, muy llana; los aires muy dulces, como por Abril en Sevilla, odoríferos y muy agradables, y la hierba que solían ver muy fresca, por todo lo cual Cristóbal Colon daba á nuestro Señor muchas gracias. Anduvieron entre día y noche obra de 12 leguas no más, porque había poco viento. Martes, 9 de Octubre, navegando al Sudueste, porque se le mudaba el viento, anduvo 5 leguas; después corrió al gúeste, cuarta al Norueste, y anduvo, 14, después con todas, 11 de día, y á la noche 20 leguas y media, y contó á la gente 17; sintieron toda la noche pasar pájapos. Otro día, miércoles, 10 de Octubre, arreñando el viento, y navegando al gúessudueste, anduvieron 10 millas por hora, que són 2 leguas y media,

y algún rato á siete, y así, entre día y noche, corrieron 59 leguas, puso en la cuenta pública 44. Pues como la gente vio tanto andar, y que las señales de los pajaritos y muchas aves salían vanas todas, porque del bien que sucediese y alegría que en muy breve se les aparejaba, nadie con razón pudiese presumir aplicar á sí, ántes de la gloria se atribuyese al Señor, muy alto y muy bueno que los regia, cuya voluntad, necesariamente de aquel camino se había de cumplir, tornaron todos á reiterar sus importunas y desconfiadas quevedas, y á insistir en sus temerarias peticiones, llamando á la vergonzosa tornada; despidiéndose de todo punto del placer y regocijo, que en espacio de no treinta horas Dios les tenía aparejado. Pero no concediendo á tan vituperable cobardía el ministro que para este negocio allí Dios llevaba, ántes con más renovado ánimo, con mayor libertad de espíritu, con más viva esperanza, con más graciosas y dulces palabras, exhortaciones y ofrecimientos mayores, los esforzó y animó á ir adelante y á la perseverancia; añadiendo también que por demás era quejarse, pues su fin del y de los Reyes había sido y era, venir á descubrir, por aquella mar occidental, las Indias, y ellos para ello lo habían querido acompañar, y que así lo entendía proseguir con el ayuda de nuestro Señor, hasta hallarlas, y que tuviesen por cierto estar más cerca dellas de lo que pensaban. Aquí creo yo que puso Dios su mano, para que no hiciesen algun desatino de los que muchas veces habían imaginado.

Jueves, 11 días de Octubre, cuando ya la misericordia divina quiso hacer á todos ciertos de no haber sido en valde su viaje, vieron nuevas, y más que todas las otras ciertas y averiguadas señales con que todos respiraron; navegaron al gúessudueste, llevando mas alta y brava mar de la que habían traído todo el viaje; vieron pardelas y, lo que mas que todo fué, junto á la nao un junco verde, como si entonces de sus raíces lo hobieran cortado; los de la carabela *Pinta* vieron un palo y una caña, tomaron otro palillo, á lo que parecia, con hierro labrado, y un pedazo de caña, y una tablilla, y otra hierba que en tierra nace; los de la carabela *Niña* también vieron otras señales, y un palillo cargado de escaramojos con que todas las carabelas en gran manera se regocijaron; anduvieron en este día, hasta que el sol se puso, 27 leguas. Cognosciéndose Cristóbal Colon estar ya muy cerca de

tierra, lo uno, por tan manifiestas señales, lo otro, por lo que sabia haber andado de las Canarias hácia estas partes, porque siempre tuvo en su corazón, por cualquiera ocasión ó conjetura que le hobiese á su opinion venido, que, habiendo navegado de la isla del Hierro por este mar Océano 750 leguas, pocas más ó ménos, había de hallar tierra; después de anochecido, al tiempo que dijeron la Salve, como es la costumbre de marineros, hizo una habla muy alegre y graciosa á toda la gente y marineros, reduciéndoles á la consideracion las mercedes que á él y á todos, Dios en aquel viaje había hecho, dándoles tan llana mar tan suaves y buenos vientos, tanta tranquilidad de tiempos sin tormentas y zozobras, como comunmente á los que navegan por la mar suelen acaecer; y porque él esperaba en la misericordia de Dios, que ántes de muchas horas les había de dar tierra, que les rogaba encarecidamente que aquella noche hiciesen muy buena guardia en el castillo de proa, velando y estando muy sobre aviso, para mirar por tierra mejor que hasta entonces habían hecho (pues habiendo puesto en el primer capítulo la instruccion que dió á cada Capitan de cada navio, partiendo de las Canarias, conviene á saber, que habiendo navegado 700 leguas hácia el Poniente, sin haber descubierto tierra, no navegasen más de hasta media noche, lo cual no habían hasta entonces guardado, y él lo había disimulado, por no darles mas pena, por el ansia que llevaban de ver tierra), porque él tenía gran confianza en nuestro Señor que aquella noche habían de estar muy cerca de tierra, ó quizá verla, y que cada uno pusiese diligencia en velar por verla primero, porque, allende la merced de los 10 000 maravedís que la Reina había concedido al primero que la viese, él prometía de darle luego un jubon de seda.

Esta noche, después del sol puesto, navegó al gúeste, la via que siempre desde las Canarias trujo, y anduvo 12 millas por hora, y hasta las dos, después de media noche, andarian 90 millas, que fueron 22 leguas y media. Estando Cristóbal Colon en el castillo de popa, con los ojos mas vivos hacia adelante que otro, como aquel que más cuidado dello tenía, porque más le incumbia que á todos, vido una lumbré, aunque tan cerrada ó anublada, que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó de secreto á Pero Gutierrez, repostero de estrados del Rey, y díjole que parecia lumbré, que mirase él lo que le parecia, el cual la

vido, y dijo que lo mismo le parecia ser lumbré; llamó también á Rodrigo Sanchez de Segovia, que los Reyes habían dado cargo de ser veedor de toda la armada, pero éste no la pudo ver. Después se vido una vez ó dos, y diz que, era como una candelilla que se alzaba y bajaba. Cristóbal Colon no dudó ser verdadera lumbré, y por consiguiente, estar junto á la tierra, y así fué. Y lo que yo siento dello es, que los indios de noche por aquestas islas, como son templadas, sin algun frio, salen ó salian de sus casas de paja, que llamaban bohios, de noche á cumplir con sus necesidades naturales, y toman un tizon en la mano, ó una poca de tea, ó raja de pino, ó de otra madera muy seca y resinosa, y arde como tea, cuando hace escura noche, y con aquel se tornan á volver, y desta manera pudieron ver la lumbré las tres y quatro veces que Cristóbal Colon y los demas que la vieron.

Velando, pues, muy bien Cristóbal Colon sobre ver la tierra, y avisando á los que velaban la proa de la nao que no se descuidasen, como la carabela *Pinta*, donde iba Martin Alonso Pinzon, fuese delante de todas por ser mas velera, vido la tierra, que estaria dos leguas á las dos horas después de media noche, y luego hizo las señales que de haber visto tierra, por la instruccion que llevaba, debía hacer, que era tirar un tiro de lombarda y alzar las banderas; (1) así parece que, pues se vido la tierra dos horas después de media noche, jueves, se debe atribuir al viernes este descubrimiento, y, por consiguiente, fué á 12 de Octubre. Vido la tierra primero un marinero que se llamaba Rodrigo de Triana, pero los 10 000 maravedís de juro, sentenciaron los Reyes que los llevase Cristóbal Colon, juzgando, que, pues él había visto primero la lumbré, fué visto ver primero la tierra. De donde podemos colegir un no chico argumento de la bondad y justicia de Dios, el cual aun en este mundo remunera como también castiga, respondiendo á la confianza, que de su providencia se tiene, y á los trabajos y solicitud virtuosa de cada uno, en que ordenó, que, así como había Cristóbal Colon llevado lo mas trabajoso y angustioso de todo el viaje, con padecer sobre sí la parte que dello le cabia como á particular persona, y la carga de todos como pública, con los desacatos y turbaciones y

(1) Desde aquí, hasta donde dice "á 12 de Octubre," está al margen del original, de letra al parecer de Las Casas.



aflicciones que muchas veces todos le causaron, y solo él tuvo fe firme y perseverante constancia de la divina providencia, que no había de ser de su fin defraudado, él alcanzase este favor, y se le atribuyese haber primero visto la tierra por ver primero la lumbre en ella, en figura de la espiritual, que, por sus sudores y trabajos, había Cristo de infundir en aquellas gentes que vivían en tan profundas tinieblas, y así gozase de la merced de los 10.000 maravedis; lo cual es de estimar, no tanto por el valor dellos, como fuese tan poco, cuanto por el alegría y consuelo que en esto, aún tan mínimo temporal, favoreciéndole, quiso concederle. Estos 10.000 maravedis de juro llevó siempre por toda su vida, y si no me he olvidado, un día, hablando con la Virreina de las Indias, nuera del mismo Almirante D. Cristóbal Colon, mujer de su primer sucesor, en las cosas de aquel viaje, me dijo habersele librado en las carnicerías de la ciudad de Sevilla donde siempre se los pagaron.

Por todo lo dicho, queda bien claro y confundido el error de algunos, que inventaron y osaron decir que Cristóbal Colon había desmayado y arrepentido del viaje, y que los Pinzones, hermanos, lo habían hecho ir adelante. Parece también la inconsideración de Oviedo que en su Historia (defraudando y quitando la gloria y privilegio, que la bondad de Dios quiso que alcanzase, al que tan justa y condignamente ante todo el mundo la había, por sus incomparables trabajos y sudores tan diuturnos, merecido), puso esto en duda, informado de un Hernan Perez, marinero, y otros semejantes, de quien él tomó mucho de lo falso que escribe. No cierto escogió Dios á los Pinzones para principal autor deste grande ó importantísimo negocio, sino á Colon, como podemos conjeturar por muchas cosas de las dichas, y otras más que se dirán, y así, como á su principal ministro, concedió el don de sufrimiento y longanidad, para que perseverase en lo que tantos años lo había conservado, como ha parecido. Así que, vista la tierra, bajaron todas las velas, quedándose los navíos con el papaligo, que dicen los marineros, de la vela mayor, sacadas todas las bonetas, y anduvieron barloventeando hasta que fué de día.

De aquí adelante será razón de hablar de Cristóbal Colon de otra manera que hasta aquí, añadiendo á su nombre el autónimo honorífico, y á su dignísima persona la prerogativa y dignidad ilustre, que los Reyes tan dignamente le concedieron, de Almirante, pues con tan justo título y con tantos sudores, peligros y trabajos, pretéritos y presentes, y los que le quedaban por padecer, lo había ganado, cumpliendo con los Reyes mucho más, sin comparación, de lo que les había prometido. Venido el día, que no poco deseado fué de todos, llegaron los tres navíos á la tierra, y surgen sus ancias, y ven la playa toda llena de gente desnuda, que toda el arena y tierra cubrían. Esta tierra era y es una isla de 15 leguas de luengo, poco más ó menos, toda baja sin montaña alguna, como una huerta llena de arboleda verde y fresquísima, como son todas las de los lucayos que hay por allí, cerca desta Española, y se extienden por luengo de Cuba muchas, la cual se llamaba en lengua desta isla Española, y dellas, porque quasi toda es una lengua y manera de hablar, Guanahani, la última sílaba luenga y aguda. En medio della estaba una laguna de buen agua dulce de que bebían, estaba poblada de mucha gente que no cabía, porque, como abajo se dirá, todas estas tierras de este orbe son suavisimas, y mayormente todas estas islas de los lucayos, porque así se llamaban las gentes de estas islas pequeñas, que quiere decir, quasi moradores de cayos, porque cayos en esta lengua son islas. Así que, cudicioso el Almirante y toda su gente de saltar en tierra y ver aquella gente, y no menos ella

## CAPITULO XL.

de verlos salir, admirados de ver aquellos navíos, que debían pensar que fuesen algunos animales que viniesen por la mar, ó saliesen della, Viérnes, de mañana, que se contaron 12 de Octubre, salió en su batel armado y con sus armas, y la más de la gente que en él cupo; mandó también que lo mismo hiciesen y saliesen los capitanes Martín Alonso y Vicente Yañez. Sacó el Almirante la bandera real, y los dos Capitanes sendas banderas de la cruz verde, que el Almirante llevaba en todos los navíos por seña y divisa, con una F, que significa el rey D. Fernando, y una I, por la reina Doña Isabel, y encima de cada letra su corona, una del un cabo de la cruz, y otra del otro.

Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas, dan gracias inmensas al todopoderoso Dios y Señor, muchos derramando lágrimas, que los había traído á salvamento, y que ya les mostraba alguno del fruto que, tanto y en tan insólita y prolija peregrinación con tanto sudor y trabajo y temores, habían deseado y suspirado, en especial D. Cristóbal Colon, que no sin profunda consideración dejara pasar las cosas que le acaecían, como quiera que más y mucho más, la anchura y longanidad de su esperanza se le certifica viéndose salir con su verdad, y que de costumbre tenía de magnificar los beneficios que recibía de Dios, y convidar á todos los circunstantes al hacimiento de gracias. ¿Quién podrá expresar y encarecer el regocijo que todos tuvieron y jubilación, llenos de incomparable gozo é inextimable alegría, entre la confusión de que se veían cercados por no le haber creído, antes resistido é injuriado al constante y paciente Colon? ¿Quién significará la reverencia que le hacían? ¿el perdón que con lágrimas le pedían? ¿las ofertas que de servirle toda su vida le hacían? y, finalmente, ¿las caricias, honores y gracias que le daban, obediencia y subjeción que le prometían? Cuasi salían de sí por contentarle, aplacarle, y regocijarle; el cual, con lágrimas los abrazaba, los perdonaba, los provocaba todos á que todo lo refriessen á Dios; allí le recibieron toda la gente que llevaba por Almirante y Visorey é Gobernador de los reyes de Castilla, y le dieron la obediencia, como á persona que las personas reales representaba, con tanto regocijo y alegría, que será mejor remitir la grandeza della á la discreción del prudente lector, que por palabras insuficientes quererla manifestar. Luego

de verlos salir, admirados de ver aquellos navíos, que debían pensar que fuesen algunos animales que viniesen por la mar, ó saliesen della, Viérnes, de mañana, que se contaron 12 de Octubre, salió en su batel armado y con sus armas, y la más de la gente que en él cupo; mandó también que lo mismo hiciesen y saliesen los capitanes Martín Alonso y Vicente Yañez. Sacó el Almirante la bandera real, y los dos Capitanes sendas banderas de la cruz verde, que el Almirante llevaba en todos los navíos por seña y divisa, con una F, que significa el rey D. Fernando, y una I, por la reina Doña Isabel, y encima de cada letra su corona, una del un cabo de la cruz, y otra del otro.

Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas, dan gracias inmensas al todopoderoso Dios y Señor, muchos derramando lágrimas, que los había traído á salvamento, y que ya les mostraba alguno del fruto que, tanto y en tan insólita y prolija peregrinación con tanto sudor y trabajo y temores, habían deseado y suspirado, en especial D. Cristóbal Colon, que no sin profunda consideración dejara pasar las cosas que le acaecían, como quiera que más y mucho más, la anchura y longanidad de su esperanza se le certifica viéndose salir con su verdad, y que de costumbre tenía de magnificar los beneficios que recibía de Dios, y convidar á todos los circunstantes al hacimiento de gracias. ¿Quién podrá expresar y encarecer el regocijo que todos tuvieron y jubilación, llenos de incomparable gozo é inextimable alegría, entre la confusión de que se veían cercados por no le haber creído, antes resistido é injuriado al constante y paciente Colon? ¿Quién significará la reverencia que le hacían? ¿el perdón que con lágrimas le pedían? ¿las ofertas que de servirle toda su vida le hacían? y, finalmente, ¿las caricias, honores y gracias que le daban, obediencia y subjeción que le prometían? Cuasi salían de sí por contentarle, aplacarle, y regocijarle; el cual, con lágrimas los abrazaba, los perdonaba, los provocaba todos á que todo lo refriessen á Dios; allí le recibieron toda la gente que llevaba por Almirante y Visorey é Gobernador de los reyes de Castilla, y le dieron la obediencia, como á persona que las personas reales representaba, con tanto regocijo y alegría, que será mejor remitir la grandeza della á la discreción del prudente lector, que por palabras insuficientes quererla manifestar. Luego

el Almirante, delante los dos Capitanes y de Rodrigo de Escobedo, escribano de toda el armada, y de Rodrigo Sanchez de Segovia, veedor della y de toda la gente cristiana que consigo saltó en tierra, dijo que le diesen por fé y testimonio, cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesion de la dicha isla, á la cual ponía nombre Sant Salvador, por el Rey é por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, segun que más largo se contiene en los testimonios que allí por escrito se hicieron.

Los indios que estaban presentes, que eran gran número, á todos estos actos estaban atónitos mirando los cristianos, espantados de sus barbas, blancura y de sus vestidos; ibanse á los hombres barbados, en especial al Almirante, como, por la eminencia y autoridad de su persona, y también por ir vestido de grana, estimasen ser el principal, y llegaban con las manos á las barbas maravillándose dellas, porque ellos ninguna tienen, especulando muy atentamente por las manos y las caras su blancura. Viendo el Almirante y los demás su simplicidad, todo con gran placer y gozo lo sufrían; parábase á mirar los cristianos á los indios, no menos maravillados que los indios dellos; cuánta fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca cognoscieron, y que por su apariencia, cómo sea feroz, pudieran temer y huir dellos; cómo andaban entre ellos y á ellos se allegaban con tanta familiaridad y tan sin temor y sospecha, como si fueran padres y hijos; como andaban todos desnudos, como sus madres los habían parido, con tanto descuido y simplicidad, todas sus cosas vergonzosas de fuera, que parecía no haberse perdido ó haberse restituido el estado de la inocencia, en que un poquito de tiempo, que se dice no haber pasado de seis horas, vivió nuestro padre Adán. No tenían armas algunas, sino eran unas azagayas, que son varas con las puntas tostadas y agudas, y algunas con un diente ó espina de pescado, de las cuales usaban más para tomar peces que para matar algún hombre, también para su defension de otras gentes, que, diz que, les venían á hacer daño.

Destá gente que vivía en estas islas de los lucayos, aunque el Almirante da testimonio de los bienes naturales que cognoscó dellas, pero cierto mucho más, sin comparación, despues alcanzamos de su bondad natural, de su simplicidad, humildad,



mansedumbre, pacabilidad é inclinaciones virtuosas, buenos ingenios, prontitud ó prontísima disposición para recibir nuestra santa fé y ser imbuidos en la religion cristiana; los que con ellos mucho en esta isla Española, conversamos, así en las cosas espirituales y divinas, diversas veces, comunicándoles la cristiana doctrina y administrándoles todos los siete sacramentos, mayormente oyendo sus confesiones, y dándoles el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y estando á su muerte, despues de cristianos, como abajo en el segundo libro, cuando destas islas y gente dellas, que digimos llamarse lucayos, hablaremos, placiendo á nuestro Señor, parecerá. Y verdaderamente, para en breves palabras, dar noticia de las buenas costumbres y cualidades que estos lucayos y gente destas islas pequeñas, que así nombramos, tenían, y lo mismo la gente de la isla de Cuba, aunque todavía digo, que á todas hacia ventaja esta de los lucayos, no hallo gente ni nacion á quien mejor la pueda comparar, que á la que los antiguos y hoy llaman y llamamos Seres, pueblos orientales de la India, de quien por los autores antiguos se dice ser entre sí, quietísimos y mansísimos, huyen de la conversacion de otras gentes inquietas, y por este miedo no quieren los comercios de otros, mas de que ponen sus cosas en las riberas de un rio sin tratar con los que las vienen á comprar del precio, sino que segun que les parece que deben de dar le señalan, y así venden sus cosas, pero no compran de las ajenas. Entre ellos no hay mujer mala ni adúltera, ni ladron se lleva á juicio, ni jamás se halló que uno matase á otro; viven castísimamente, no padecen malos tiempos, no pestilencia; á la mujer preñada nunca hombre la toca ni cuando está en el tiempo de su purgacion; no comen carnes inmundas, sacrificios ningunos tienen; segun las reglas de la justicia, cada uno es juez de sí mismo, viven mucho y sin enfermedad pasan desta vida, y por eso los historiadores los llaman santísimos y felicísimos. De lo dicho son autores Plinio, lib. VI, cap. 17, y Solino en su *Polistor*, cap. 63; Pomponio Mella, lib. III, capítulo 6º, *in fine*; Strabon, lib. XV; Virgilio, *in secundo Georgicorum*; y Boecio II, *De Consolatione*, metro 5º, y Sant Isidoro, en el libro XIX, cap. 27, hacen mencion dellos, y, más largo que todos, Amiano Marcelino, lib. XXIII, de su Historia. De todas estas qualidades de los Seres, yo

creo por cierto que, de pocas ó ningunas, carecian las gentes, que habitaban naturales de los lucayos, y si miráramos en aquellos tiempos en ello, quizá halláramos que en otras excedian á los Seres.

De lo dicho parece ser falso lo que dijo Hernan Perez, marinero, vecino que fue desta ciudad de Sancto Domingo, desta isla Española, que no habia saltado en tierra el Almirante en aquella isla de Guanahani, ni en otra hasta Cuba, segun refiere Oviedo en su Historia, como aun de sí parecerá cosa no creible, que una tierra tan nueva y tan deseada, y con tantos trabajos y angustias hallada, no quisiese verla entrando en ella. Este Hernan Perez no debió de hallarse en este descubrimiento, sino venir otro viaje, pues una cosa tan manifiesta y razonable de creer llega, sino que debia de fingir haber venido con el Almirante aquel viaje, y cuando en esto afirmó lo que no era, siendo tan claro el contrario, podráse colegir de aquí argumento para creer no todo lo que Oviedo dijere de las cosas de aquellos tiempos, pues todo lo que dice lo tomó del dicho Hernan Perez, que muchas veces alega, al qual, en esto que dice de no haber saltado el Almirante en tierra, no cree el mismo Oviedo. Tornando, pues, á nuestro proposito de la historia, trujeron luego á los cristianos de las cosas de comer, de su pan y pescado, y de su agua, y algodón hilado, y papagayos verdes muy graciosos, y otras cosas de las que tenían (porque no tienen más de lo que para sustentar la naturaleza humana, que ha poco menester, es necesario.)

El Almirante, viéndolos tan buenos y simples, y que en cuanto podian eran tan liberalmente hospitales, y con esto en gran manera pacíficos, dióles á muchos cuentas de vidrio y cascabeles, y algunos bonetes colorados y otras cosas con que ellos quedaban muy contentos y ricos. El qual, en el libro desta su primera navegacion, que escribió para los Reyes católicos, dice de aquesta manera: "Yo, porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognoscí que era gente que mejor se libraria y convertiria á nuestra sancta fé con amor que por fuerza, les di á algunos dellos unos botones colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponian al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hobieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros, que era maravilla; los cuales despues venian á las barcas de los navios, adonde nos estábamos, nadando, y nos traian papagayos, y hilo de

algodon en ovillos, y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo lo tomaban y daban de aquello que tenían, de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo; ellos andan todos desnudos, como su madre los parió, y tambien las mujeres, aunque no vide más de una, harto moza, y todos los que yo vide eran mancebos, que ninguno vide que pasase de edad de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos y cuasi como sedas de cola de caballos y cortos los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos, detrás, que traen largos, que jamás cortan. Dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que hallan; dellos se pintan las caras, y dellos los cuerpos, y dellos solos los ojos, y dellos sola la nariz; ellos no traen armas, ni las cognoscen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algun hierro, sus azagayas son unas varas sin hierro, y algunas dellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harian cristianos, que pareció que ninguna secta tenían, etc." Todas estas son palabras del Almirante.

Cerca de lo que dice, que no vide vivos, debia de ser que no querian parecer, aunque despues dice que vido algunos. Es de saber, que todas aquellas islas de los lucayos eran y son santísimas, que habia en ellas hombres y mujeres vejisimos, que cuasi no podian morir por la gran suavidad, amenidad y sanidad de la tierra, é yo vide algunos dellos, y es tan sana aquella tierra, que algunos españoles, siendo hidrópicos en esta isla, que no podian sanar, se iban á alguna de aquellas islas y desde á poco tiempo, como yo los vide, volvian sanos. Cerca de lo que dice el Almirante, que eran de hermosos gestos y cuerpos, es cierto así, que todos los vecinos y naturales dellas, por la mayor parte, y de mil no se sacará uno de hombres y mujeres que no fuesen muy hermosos de gestos y de cuerpos. Así lo torna el Almi-

rante á certificar en otro capítulo, diciendo: "Todos de buena estatura gente muy hermosa, los cabellos no crespos, salvo correntios y gruesos, y todos de la frente y cabeza muy ancha, y los ojos muy hermosos y no pequeños, y ninguno negro salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues están leste gueste con la isla del Hierro, en Canaria, so una línea; las piernas muy derechas, todas á una mano, y no barriga, salvo muy bien hecho, etc." Estas son sus palabras.

Pareció (1) tambien aquesta gente, por su simplicidad y mansedumbre, á la de una isla que cuenta Diódoro en el lib. III, capítulo 13 de su Historia, de la qual dice maravillas. Esta isla fué descubierta por ciertos griegos captivos en Etiopía, y enviados en una barca ó navecilla pequeña, por cierto oráculo que los etiopes habian tenido, los cuales, navegando cuatro meses de Etiopía por el mar Océano hácia el Mediodía, despues de muchas tormentas y peligros, llegaron á una isla redonda, de 5,000 estadios, que hacen 210 leguas, fertilísima y beatísima, la gente de la qual, en barcas, se vino luego á recibillos; rescibieronlos y tratáronlos benignísimamente y computaron con ellos de lo que traian dándoles de lo que tenían; aquella gente tenia cuatro codos de cuerpo, eran hermosos en todos sus miembros, carecian de pelos sino era en la cabeza, y cejas, y párpados y barba, tenían horadadas las orejas y la lengua cortada por medio á la lengua, de su naturaleza, que parecia tener dos lenguas, y así hablaban no sólo como hombres, sino como aves cantaban, y lo que maravillosa cosa era, que hablaban con dos hombres disputando ó respondiendo diversas cosas, sin errar, juntamente, á uno con la una parte de la lengua, y al otro con la otra. Tienen de costumbre vivir hasta cierta edad, y llegados á ella, ellos mismos se dan la muerte; hay cierta hierba, sobre la qual, si alguno se echa, viénele luego un muy suave sueño y así muere; las mujeres tienen comunes, y así todos tienen por propios todos los hijos, y como ninguno entre ellos tiene ambicion ó señalada afección á persona alguna, viven concordes sin revueltas, pacíficamente. Otras cosas refiere Diódoro, de la isla, y de la gente, dignas de ser leidas.

(\*) Desde aquí hasta el final del capítulo está escrito al margen, de letra al parecer de Las Casas.



## CAPITULO XLI.

En el cual se contiene cómo vinieron muchos indios á los navíos, en sus barquillos, que llaman canoas, y otros nadando.—La estimacion que tenían de los cristianos, creyendo por cierto que habian descendido del cielo, y por esto qualquiera cosa que podian haber dellos, aunque fuese un pedazo de una escudilla ó plato, la tenían por reliquias y daban por ello cuanto tenían.—Hincábanse de rodillas y alzaban las manos al cielo, dando gracias á Dios y convidábanse unos á otros que viniesen á ver los hombres del cielo.—Apuntábase algunas cosas notables, para advertir á los lectores de la simiente y ponzoña de donde procedió la destruccion destas Indias.—Y cómo detuvo el almirante siete hombres de aquella isla.

Vuelto el Almirante y su gente á sus navíos, aquel viérnes, ya tarde, con su inextimable alegría dando gracias á nuestro Señor, quedaron los indios tan contentos de los cristianos y tan deseosos de tornar á verlos, y á ver de sus cosas, no tanto por lo que ellas valian ni eran, cuanto por tener muy creído que los cristianos habian venido del cielo, y por tener en su poder cosa suya traída del cielo, ya que no podian tener consigo siempre á ellos, y así creo que se les hizo aquella noche mayor que si fuera un año. Sábado, pues, muy de mañana, que se contaron trece dias de Octubre, parece la playa llena de gente, y dellos venian á los navíos en sus barcos y barquillos que llamaban canoas (en latin se llaman *monoxilla*), hechas de un solo cavado madero de buena forma, tan grande y luenga que iban en algunas 40 y 45 hombres, dos codós y más de ancho, y otras más pequeñas, hasta ser algunas donde cabia un solo hombre, y los remos eran como una pala de horno, aunque al cabo es muy angosta, para que mejor entre y corte el agua, muy bien artificada. Nunca estas canoas se hundén en el agua aunque estén llenas, y cuando se anegan con tormenta, saltan los indios dellas en la mar, y con unas calabazas que traen, vacian el agua y tórnanse á subir en ellas. Otros muchos venian nadando, y todos llevaban dellos papagayos, dellos ovillos de algodón hilado, dellos azagayas, y otros otras cosas, según que tenían y podian, lo cual todo daban por cualquiera cosa que pudiesen haber de los cristianos, hasta pedazos de escudillas quebradas y cascós de tazas de vidrio, y así como lo recibian, saltaban en el agua temiendo que los cristianos de habérselo

dado se arrepintiesen; y dice aquí el Almirante, que vió dar diez y seis ovillos de algodón hilado, que pesarian mas de un arroba, por tres ceptis de Portugal, que es una blanca de Castilla. Traian en las narices unos pedacitos de oro; preguntóles el Almirante por señas donde habia de aque- llo, respondian, no con la boca sino con las manos, porque las manos servian aquí de lengua, según lo que se podia entender, que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba, diz que, allí un Rey que tenía muchos vasos de oro. Entendido por las señas que habia tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, acordó el Almirante ir allí en busca de oro y piedras preciosas, y dice más aquí, que defendiera que los cristianos de su compañía no rescataran el algodón que dicho es, sino que lo mandara tornar para Sus Altezas si lo hobiera en cantidad. Es aquí de considerar, para adelante, que como el Almirante hobiese padecido en la corte tan grandes y tan vehementes contradicciones, y al cabo la Reina, contra opinion y parecer de los de su Consejo y de toda la corte, se determinase á gastar eso poco que gastó, aunque por entónces pareció mucho, como arriba se ha dicho, los cuales tuvo siempre por adversarios muy duros y eficaces despues adelante, abatien- do y anquilando su negocio, no creyendo que estas tierras tenían oro ni otra cosa de provecho, mayormente viendo despues que los Reyes gastaban en los otros viajes mucha suma de dinero y no les venia provecho alguno, persuadian á Sus Altezas que dejasen de proseguir aquesta empresa, porque, según vian, en ella se habian de destruir é gastar.

Por manera, que muchas más angustias y tribulaciones, y más recias impugnaciones, sin comparacion, pasó despues en la prosecucion del negocio, que ántes que los Reyes se determinasen á le favorecer é ayudar, según que parecerá adelante. Así que, por esta causa, el Almirante nunca pensaba ni desvelaba y trabajaba más en otra cosa que en procurar cómo saliese provecho y rentas para los Reyes, temiendo siempre que tan grande negociacion se le habia al mejor tiempo de estorbar, porque via que si los Reyes se hartaban ó enojaban de gastar, no la habian de llevar al cabo; por lo cual, el dicho Almirante se dió mas priesa de la que debiera en procurar que los Reyes tuviesen antes de tiempo y de sazón rentas y provechos reales, como hombre desfavorecido y extranjero (según

él muchas veces á los mismos católicos Reyes por sus cartas se quejó), y que tenía terribles adversarios junto á los oídos de las reales personas, que siempre lo desayudaban; pero no teniendo tanta perspicacidad y providencia de los males que podian suceder, como sucedieron, por excusacion de los cuales se debiera de arriesgar toda la prosecucion y conservacion del negocio, y andar poco á poco, temiendo más de lo que se debía temer la pérdida temporal, ignorando también lo que no debiera ignorar concerniente al derecho divino y natural, y recto juicio de razon, introdujo y comenzó á asentar tales principios, y sembró tales simientes, que se originó y creció dellas tan mortífera y pestilencial hierba, y que produjo de sí tan profundas raíces, que ha sido bastante para destruir y asolar todas estas Indias, sin que poder humano haya bastado á tan sumos é irreparables daños impedir ó atajar.

Yo no dudo que si el Almirante creyera que habia de suceder tan perniciosa jactura como sucedió, y supiera tanto de las conclusiones primeras y segundas del derecho natural y divino, como supo de cosmografía y de otras doctrinas humanas, que nunca él osara introducir ni principiar cosa que habia de acarrear tan calamitosos daños, porque nadie podrá negar él ser hombre bueno y cristiano; pero los juicios de Dios son profundísimos, y ninguno de los hombres los puede ni debe querer penetrar. Todo esto aquí se ha traído por ocasion de las palabras susodichas del Almirante, para que los que esta Historia leyeren, adviertan y cognozcan el origen, medios y fin que las cosas destas Indias tuvieron, y alaben al todopoderoso Dios, no sólo por lo que hace pero también por lo que permite, y teman mucho los hombres de que se les ofrezcan ocasiones con colores de bondad, ó por excusar daño alguno, con que puedan ofender, mayormente dando asa donde la humana malicia halle principio y camino para ir adelante y con que se excusar; y para no incurrir en tales inconvenientes, necesario es nunca cesar de suplicar por la preservacion dellos á Dios. Tornado al propósito de la historia, domingo, de mañana, 14 dias de Octubre, mandó el Almirante aderezar el batel de la nao en que él venia y las dos barcas de las carabelas, y comenzó á caminar por el luen- go de la costa de la isla, por el Nornordeste, para ver la otra parte della, que estaba hácia el leste, y especular qué por allí ha-

bia. Y luego comenzó á ver dos ó tres poblaciones, y gran número de gente, hombres y mujeres, que venian hácia la playa, llamando los cristianos á voces y dando gracias á Dios; los unos, les traian agua fresca, otros, cosas de comer, otros, cuando vian que no curaban de ir á tierra, se lanzaban en la mar y, nadando, venian á las barcas, y entendian que les preguntaban por seña si eran venidos del cielo; y un viejo dellos quiso entrar- se y entró en el batel, é irse con ellos, otros, con voces grandes, llamaban á otros hombres y mujeres, convidándolos y diciéndoles: venid y vereis los hombres que vinieron del cielo, traedlos de comer y de beber. Vinieron muchos hombres y muchas mujeres, cada uno trayendo de lo que tenía, dando gracias á Dios, echándose en el suelo, y levantaban las manos al cielo, y despues, dando voces, llamándolos que fuesen á tierra. Todas estas son palabras formales del Almirante, refiriendo lo que aquí refiero; pero el Almirante, por ir á ver un grande arracife, de peñas que cerca toda la isla en redondo, no curó de ir á tierra como los indios pedian.

Dentro deste arracife, dice el Almirante, haber puerto segurísimo, en que cabrian todas las naos de la cristiandad y estarian como en un pozo; miró dónde se podía hacer fortaleza, y vido un pedazo de tierra que salia á la mar, ancho en lo que salia y angosto el hilo por el cual salia, que se pudiera en dos dias atajar y quedara del todo hecho isla. Esta manera de tierra llaman los cosmógrafos penínsulas, que quiere decir cuasi isla, esto es, cuando de la tierra firme sale algun pedazo de tierra angosto, y lo postrero della se ensancha en la mar, en este pedazo de tierra, diz que, habia seis casas. Dice aquí el Almirante, que no via ser necesario pensar en hacer por allí fortaleza, por ser aquella gente muy simple y sin armas, como Vuestras Altezas, dice él, verán por siete que yo hice tomar para los llevar y de prender nuestra habla y volverlos, salvo que Vuestras Altezas, cuando mandaren, puédenlos todos llevar á Castilla ó tenerlos en la misma isla captivos, porque 50 hombres los ternán todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren. Estas son palabras del Almirante, formales. Dos cosas será bien aquí apuntar; la una, cuán manifiesta parece la disposicion y prontitud natural que aquellas gentes tenían para recibir nuestra sancta fé, y dotarlos é imbuirlos en la cristiana religion y en todas virtuosas costumbres, si por amor y caridad y mansedumbre fueran tratadas, y